

y le hizo vestir de luto  
y hasta crear un tributo  
que se llamó «inquilinato»;

y, harto de tanta viudez,  
dijo a la esposa de Eurico:  
«Te llevaré a Puerto Rico  
en un cascarón de nuez».

Mas, renunciando a la vida,  
fue en un camión de Garruste  
al monasterio de Yuste,  
donde falleció en seguida.

Ustedes, al ver el modo  
de expresarse el colegial,  
supondrán que salió mal.  
Pues se equivocan del todo.

Al terminar su «labor»,  
dijo el presidente a Prada:  
—No está usted conforme en nada  
con ningún historiador;

pero, como a mi entender,  
de todo cuanto le oí,  
si no ha sucedido así,  
pudo muy biensuceder,

mientras de un modo patente  
se demuestra, hay que aguardarse.  
Conque puede retirarse  
(¡¡Y le dio sobresaliente!!).

## 18 de Julio

### Hacia un nuevo Imperio.—Sentido social del Movimiento.— El caudillo de España en la línea de fidelidad a la doctrina de la iglesia de Dios

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA



AMOS a reconstruir España y hacer un Imperio». Así, exclamó un día memorable el Generalísimo Franco, caudillo de un pueblo y capitán victorioso de una Cruzada, entre el ardor bélico de la Guerra de Liberación.

Pero, siglos antes, ya había pronunciado una expresión de ánimo parecida, San Isidro, Arzobispo de Sevilla, autor de las Etimologías y Maestro de la Edad Media, en tan claros términos: «¡Oh España! Rica en dotes de imperio». Y es que, en el mundo hispano el imperio era la forma política más justa de la comunidad humana.

Desde aquel indeciso atardecer, 18 de Julio de 1936, el pensamiento del Caudillo inició el primer ciclo encaminado a la reconstrucción del Imperio español, que había de ser injertado en el tronco de las viejas y nobles tradiciones, vivificado con la nueva savia y puesto al día: Toda la dinámica del alma española, está como impregnada de ese rico perfume evangelizador, santo y seña de nuestras expansiones y defensas ecuménicas.

De este modo, aseguraba un día el Generalísimo Franco: En el presente momento en que Dios ha confiado la vida de nuestra Patria a nuestras manos para regirla, nosotros reconocemos una larga cadena de esfuerzos... Y añade: El Movimiento que hoy conducimos ha tenido diferentes etapas:

En la primera: Todos los esfuerzos seculares de la Reconquista Española, para cuajarse en la España unificada e imperial de los Reyes Católicos, de Carlos V y Felipe II. Aquella España unida para defender y extender por el mundo una idea universal y católica.

La segunda, señala la etapa histórica o tradicionalista, por los sacrificios realizados a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX, para recuperar el bien perdido.

Y la última, la presente de nuestros días, de esfuerzos sagrados y heroicos en que, todos esos periodos, momentos y personas afluyen para la lucha común. El Caudillo, recuerda además, que: «Un imperio cristiano fue la España que dio norma ideal a cuantas etapas posteriores se hicieron para recobrar momentos tan sublimes y perfectos de nuestra Historia». Y es que, los imperios para florecer presuponen el recuerdo sagrado de viejos soles de gloria y días triunfales.

Ahora, que nadie piense siquiera en un Imperio español de expansiones territoriales, sino en la unificación espiritual, sin omitir válidas inspiraciones y amplio desarrollo de la riqueza nacional. Ni siquiera en el Nuevo Mundo tuvo sentido finalista la conquista de nuevos territorios: Que no se hable de conquista, decía el Rey Prudente, refiriéndose a América, porque la palabra da una falsa idea de lo que España lleva a cabo en las tierras recién descubiertas: La presencia de España en Indias, fue una llamarada de fe católica sin tregua ni descanso.

Un sabio hispanista, Menéndez Pidal, lo expresa en términos diamantinos: «Nada de tendencia a la Monarquía universal, SINO AL IMPERIO EN PAZ CRISTIANA».

Así es de sereno y magnífico el pensamiento del Caudillo: un IMPERIO, la MONARQUIA EN PAZ CRISTIANA.

\*\*\*

España, en el trance supremo, de vida o muerte, de la Cruzada Nacional, necesitaba liberarse de los males del capitalismo a ultranza, sin dejarse arrastrar por la corriente del comunismo, para saltar a la orilla fresca y prometedor del naciente orden social cristiano, al gran estilo español.

Y así surgió, un día, la gloria del Fuero del Trabajo, por el que el nuevo Estado venía a renovar las viejas esencias de una «tradición católica de justicia social y alto sentido humano», tan extraño al capitalismo-liberal, como al proletario-marxista. De este modo, el Fuero del Trabajo ha modernizado la fórmula española y cristiana, que la economía es para el hombre, pero no viceversa.

Tras arrancar el trabajo humano del yugo de los bienes terrenos y libre del conato comunista, el Movimiento Nacional le ha exaltado como fecunda expresión del espíritu creador del hombre.

El trabajo, en el nuevo Estado, ha recobrado el prestigio alentador del milagro operado, primero por Jesucristo, el Obrero divino, que le santificó con sus manos benditas en el taller de Nazaret, y por la Iglesia, nuestra Madre y Maestra, después. De ahí, que todas las reformas y avances logrados en provecho de los trabajadores, aun en los Estados laicos, se derivan del Evangelio.

De la tierra fecunda del Evangelio, proceden las grandes Encíclicas sociales, modernas hasta la más apremiante: la POPULORUM PROGRESSIO, de Pablo VI. Y en esta áurea doctrina, de señalado relieve imperial, arden nuestros afanes por levantar al hombre y a la familia española, al rango de su origen y destino sobrenatural: Toda la metafísica del sentido social de nuestro Movimiento, está iluminada por el sublime anhelo de considerar al hombre «como portador de valores eternos», según quería José Antonio.

Así, desde los albores del Alzamiento Nacional, hasta nuestros días, fulge la clara estrella de lo social, y cada vez con creciente dimensión, en los sectores del Imperio. Luce, en los anchurosos campos de la Patria, en el desarrollo industrial y en la complejidad de los servicios. La UNIDAD SINDICAL, tan divinamente entrañada en el corazón del Caudillo, ha logrado extinguir la lucha de clases, entre empresarios y obreros, y de éstos entre sí, a la sombra bienhechora de la Organización Sindical, legítimo orgullo del Movimiento Nacional.

Sin Casas del Pueblo, ni huelgas revolucionarias, el Caudillo ha dotado a los trabajadores españoles de una amplia y justiciera legislación social, que sitúa a España a la cabeza de los pueblos más adelantados.

Digamos que la marea del bienestar social, la alegría jubilosa de nuestros obreros, ha subido desde la fecha, de sangre y oro, 18 de Julio, en proporciones insospechadas. Aparte del aspecto salarial, de la práctica de los Seguros Sociales en la industria y en la agricultura, en los empleados administrativos. Además de la mejora en la vivienda y alimentación, en el vestido, en la vida religiosa y en el deporte, en la paz social y libertad, la nota, más bella y profunda, que llena la vida de España con esperanza de un porvenir venturoso, es cuanto afecta a la formación integral del trabajador español. Ese abrir de par en par, las puertas grandes de: Institutos y Universidades laborales, literarias, de ciencias... Escuelas de Formación Profesional, de Estudios Técnicos y Superiores, a los que tiene libre acceso el obrero, representa un movimiento nacional que, dentro de pocos años, el pueblo español ocupará un puesto de vanguardia entre los más destacados.

Como en una Cruzada: El Estado, la Iglesia, los Sindicatos, Corporaciones públicas, y de toda índole, parecen empeñadas en acabar, de una vez para siempre, con el atraso de nuestros trabajadores. En estos mismos días, Promoción Profesional Obrera, con sus abnegados Monitores, está recorriendo los pueblos de Andalucía, con ese anhelado fin, redentor del obrero, del campo y de la ciudad, tanto monta.

¡Que bien encuadra el pensamiento de San Isidoro, a nuestro Cau-

dillo: CON SUS LEYES PREDICA SU FE CATOLICA, Y SU ENCENDIDO AMOR A ESPAÑA!

Y todo ese florecimiento social español, viene impulsado por el robusto sentido religioso de este Capitán providencial.

Hace pocos días, el Jefe del Estado y su cristiana esposa, fueron los primeros congresistas o peregrinos, en la maravillosa clausura del Congreso Eucarístico Nacional de Sevilla. Y tras su pública y piadosa ejemplaridad, de amor al más Divino Sacramento y a la Virgen, la presencia de los ministros, altos funcionarios, el pueblo, fiel a sus veneradas tradiciones.

Los que le hemos contemplado en el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, y otros nacionales, consagrando su pueblo, a Jesús Sacramentado, y en Zaragoza, el Año Mariano, al Inmaculado Corazón de María, saltamos de gozo, admirando la venturosa fe que ilumina su vida. Porque el Caudillo Franco, conoce que, la devoción al Sacramento del Amor y a la Virgen llena de gracia, son, las dos constantes históricas, alrededor de las que giran todas las grandezas incomparables de la Madre España.

La Historia de la Cruzada Nacional y del mando del Generalísimo Franco, son vivos testimonios de su más ardiente adhesión a la Iglesia y al Vicario de Cristo, con valor de consigna rigurosa.

«De nada hubieran servido nuestras fuerzas, si Dios no hubiera prodigado su ayuda en todos los movimientos en forma tan evidente y tangible», dice el Caudillo, cuando explica el milagro de la Cruzada.

Franco ofreció a Dios la espada de la Victoria, al terminar la guerra. Y Pío XII, ante la ejemplar y pública actuación católica del Caudillo, le distinguió con la insignia de Caballero de la Milicia de Cristo. Pío XII, proclamó la adhesión de España y del Generalísimo Franco, al Trono Pontificio...

«Lo que predomina en Franco, decía un escritor francés, es la pureza. ¡Qué honor, para España, resucitar bajo este signo!».

En el Palacio del Generalísimo, se practica la más entrañable devoción, mariana y española, con el rezo del Rosario. Y se dice misa todos los días, a la que asiste el Caudillo, siempre que le es posible; se expone el Santísimo para pedir a Jesús Sacramentado, luces celestiales.

Un día, el Generalísimo de la Guerra de Liberación, aseguró que por tres razones volvería a poner en pie a sus ejércitos: la primera, por la «defensa de la fe de Cristo, si la Iglesia se viera amenazada como en otros tiempos».

Con idénticas y santas arrogancias, han hablado siempre, con muy contadas excepciones, los Reyes de España.

## ALCOR NOBLE. CACERES

Desde voluntario destierro  
a la Ciudad mi cuna.

Para Valeriano Gutiérrez Macías, cuyo cacereñismo comparto con igual entusiasmo y deseos de prosperidad para nuestra patria chica.

González Hernández

Gritan al aire las torres.

Honor.

Y el tiempo en las murallas prisionero  
grita al cielo

recortado por almenas

la gloria del paisaje. Luz.

Sombras

en ríos de piedras seculares

hundidas trenzan arabescos,

entre cantos inmortales,

con el sol muerto sobre plazas y callejas

en silencio.

Colina dorada con sillares romanos.

Alcor noble. Cáceres.

Tierra y muros poseídos, humillados,